



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Josué es el gran desconocido. Casi nunca leemos la historia de su obra. Siempre mostró una lealtad inquebrantable a Dios y a Moisés. Poco antes de su muerte, este último lo nombró, públicamente, su sucesor:

"Moisés llamó a Josué, y delante de todo Israel le dijo: Esfuérzate y sé valiente, porque eres tú quien entrará con este pueblo en la tierra. El Señor es el que camina delante de ti, él es quien estará contigo, no te desampará; no tengas miedo, no te dejes derrotar".

La primera lectura que se proclama en este día es la solemne conclusión del libro que lleva su nombre. El pueblo de Dios reunido en asamblea santa en Siquén, en el centro de Palestina, lugar donde ya habían residido Abrahán y Jacob, hace solemne profesión de fe. Josué les recuerda las maravillas de Dios en favor de su pueblo. Luego les lanza un reto:

"Escoged a quién quieréis servir" y añade: "Yo y mi casa serviremos al Señor".

Josué, después de haber salido de Egipto, pregunta a los hijos de Israel a quien quieren amar, a quien quieren servir, y el servicio que se presta desde el amor es buscar libremente el bien.

El pueblo renueva el acto de fe con convicción afirmando: *"¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses! Porque el Señor nuestro Dios nos ha sacado, a nosotros y a nuestros padres, de la tierra de Egipto..."*



Josué es la prefiguración de Cristo. Josué condujo al pueblo de Israel a la Tierra Prometida y Cristo es el salvador del pueblo de Dios.

Es la misma pregunta que Jesús hace en el evangelio de hoy cuando dice, dirigiéndose a los pocos que se quedaron después de haber escuchado las palabras sobre el Pan de Vida -el capítulo sexto del evangelio de san Juan que hoy se concluye y que tanto estupor produjo en los oyentes-, *"¿también vosotros queréis irnos?"*.

Pedro hace su confesión de fe en nombre de los otros apóstoles diciendo: *«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»*. No pregunta *"¿a dónde iremos?"*, sino que responde diciendo *¿a quién iremos?"*.

Jesús pide a sus seguidores que pongan la relación con él en el centro de su vivir. Esto es: hacer del trato con Cristo la piedra angular de la propia existencia. En definitiva es tomar conciencia de que las exigencias del seguimiento son las del amor.

Ir tras las huellas del Señor es duro, porque el discípulo está llamado no sólo a comenzar sino también a completar (vv. 28.30). Y, de igual modo, para construir una torre o afrontar una batalla hay que contar con los medios de que se dispone, también lo es para el caminar en cristiano.

El bien que por antonomasia hay que poseer es

la sabiduría del renunciar, y el arte que se ha de aprender es el de saber perder para no caer en la trampa de la posesión, en la dinámica del tener.

Jesús *"se despojó de su rango"* (Fil 2,7) y *"Dios es Dios porque no tiene nada"*, escribe Barsanufio de Gaza, un monje del siglo quinto autor de obras ascéticas y teológicas. Una consideración, la de este santo asceta, que invita a la reflexión. Significa que al Altísimo no le ata nada. Es lo que necesitamos: libertad y ligereza para completar el largo camino de la vida emprendido como seguidor de Cristo, tomando por guía el Evangelio. El amor está llamado a convertirse en responsabilidad y libertad en el camino de la perseverancia: aquí es donde se produce la necesaria renuncia, purificación y despojo.

La voluntad de Dios es la fuente del amor y el amor, no podría ser de otra manera, es signo de libertad que hace posible la obediencia de la fe puesto que, sin libertad, sería una vida vivida en la sumisión de la esclavitud. De ahí la recomendación del Papa Francisco: *"Sólo debemos pedir que Él nos transforme de esclavos en hijos"* a fin de que, con corazón de hijos, podamos servirle al estilo de Josué. Dejar el quehacer emprendido a medias, siempre es un riesgo que debilita el seguimiento del bautizado.

La vivencia de la fe es algo profundo. Implica hacer del querer de Dios el alimento cotidiano (cfr Jn 4, 34).



Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso irs también vosotros?



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 33, 2-3. 16-17. 18-19. 20-21. 22-23

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.
Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos escuchan sus gritos;
pero el Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias;
el Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo libra el Señor;
él cuida de todos sus huesos,
y ni uno solo se quebrará.
La maldad da muerte al malvado,
y los que odian al justo serán castigados.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él.

Es una bendición "alfabética"; cada versículo comienza -sucesivamente- con una letra del alfabeto hebreo. Pertenece a la espiritualidad de los "pobres", aquellos que se refugian en Dios, desafiando las maniobras de los injustos con su fe desnuda. El abandono en su regazo es fuente de gozo y paz y esta es la experiencia personal del orante que comparte con todos nosotros que lo utilizamos, en

este día, para la alabanza.

Estupendo es la imagen del v. 6: "*Contemplad al Señor y quedaréis radiantes*". El pobre, envuelto en la luz de Dios y defendido por su santo ángel, siente que tiene al Señor mismo en su tienda familiar, en la tienda de su corazón.

El salmo es expresión de una actitud radical de confianza y abandono de ahí que esté empapado de entusiasmo de un gran entusiasmo, entusiasmo de quien se siente amado por el Señor y este es su gran deseo: que todos experimenten la alegría de la fe, única certeza en un mundo falso. San Agustín lo expresará con gran belleza en el comentario que hace al mismo: "*Él salmista no se conforma con amar a Dios. ¡Quiere compartir ese amor*" de ahí la invitación que hace: "*¡Arrastra tras de ti a tantos como puedas, arrástralos hacia el amor!*"

Este texto, que la liturgia en este día utiliza como respuesta a la lectura primera, es el preludio de la bienaventuranza evangélica de la pobreza y de la fe en un Padre al que se entrega con total confianza.

Abandonándose en Dios, el orante encontró refugio seguro que lo liberó de las tormentas de la prueba. El abandono en el Señor es siempre fuente de una profunda alegría y de una gran paz. San Policarpo, que fue discípulo del apóstol san Juan (s. II), escribirá "*Durante 86 años he servido a Jesucristo y él nunca me ha abandonado*".



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXI "PER ANNUM" "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Josué 24, 1-2a. 15-17. 18b

Josué dijo a todo el pueblo: «Si os resulta duro servir al Señor, elegid hoy a quién queréis servir... que yo y mi casa serviremos al Señor». El pueblo respondió: «¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para ir a servir a otros dioses! Porque el Señor nuestro Dios es quien nos sacó, a nosotros y a nuestros padres, de Egipto... También nosotros serviremos al Señor, ¡porque él es nuestro Dios!»

Juan 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos de los discípulos, al oírlo, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?». Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo: «¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Y dijo: «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede». Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».